



SHAYIF EL BAHAR
(MIRA EL MAR)

Manuel Fernández

SHAYIF EL BAHAR
(MIRA EL MAR)



Primera edición: abril 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Manuel Fernández

ISBN: 978-84-10253-24-7

ISBN digital: 978-84-10253-25-4

Depósito legal: M-9193-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A Ester Rabasco, Miguel Ángel Fernández y Nadi Nouaouri,
mis primeros lectores e inapreciables consejeros.*

Aclaración

Casi todos los personajes que aparecen en esta obra son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia. Las excepciones son los personajes históricos y figuras públicas, los compañeros de instituto y facultad de Cayetano Fortún, José Antonio Pendón, Marcos, Rafael, Silvia, Víctor, Virgilio y Vogui, su alumna Fatín Bargach y la abuela de esta, su profesor de Filosofía José María Millán y su amiga Ester. Todos ellos mantienen con el autor la misma relación que con su personaje, y aprovecho la ocasión para enviarles un cordial saludo.

En cuanto a negocios e instituciones, los hay ficticios y los hay reales, pero todos los hechos y diálogos que en ellos ocurren son imaginarios.

Las opiniones expresadas en los diálogos, muchas de ellas contradictorias entre sí, son las de los personajes, y, en ningún modo, las del autor.

Prólogo

—donde se dice la verdad—

Sé que a las demás personas que lean esta novela les pasará lo mismo que a mí: les gustará y las divertirá, y desde las primeras páginas se sentirán atraídas por el protagonista y querrán tomarse unas cervezas con él.

Mas debo hacer constar que en mi caso juego con ventaja, pues además de conocer al autor —y por ende al protagonista— tengo la suerte de haber estado en casi todos los lugares donde se desarrolla la acción, pues viví dos años en Rabat, junto a su hermana Salé, y la primera vez que crucé en barca el río Bu Regreg para ir de una a la otra lo hice de la mano de Cayetano Fortún, ¿o era Manuel Fernández...?

«[...] Había una tercera opción para desplazarse entre las dos ciudades: en barca. No se trataba de una atracción turística, sino de un medio de transporte popular, con precios que eran la mitad de los de un billete de autobús. El último puente sobre el Bu Regreg estaba aguas arriba de las dos medinas, por lo que, para trasladarse desde una de ellas a la otra, era mucho más rápido hacerlo en barca que a pie. Alguna que otra vez, Cayetano iba o venía en la barca, para darle un toque de color a su sórdida existencia».

No solo conozco al personaje principal de la historia, sino que a lo largo de la lectura fui reconociendo a otras mujeres y hombres que conocí en esa ciudad, o de los que Manuel me habló en alguna ocasión, quizás en aquella charla en la que me relató su

relación íntima con el secador de pelo, artilugio que también sale en la novela y que todo gentleman debería tener en su casa si vive en Marruecos.

«[...] —Ahora, el problema es que se acerca el ramadán. Vas a necesitar un secador de pelo.

—¿Yo? ¿Para qué?

—Tú hazme caso y cómpralo.

A Cayetano le resbaló el resto del discurso, pero le intrigó su final, así que adquirió el aparato, lo guardó en un cajón y se olvidó de él. Mucho sorprendió a Rahima cuando le dijo que pensaba ayunar en ramadán.

—¿Ayunar tú? ¿Por qué, si no eres musulmán?

—Porque tendré más autoridad moral con mis alumnos si sufro lo que sufren ellos —en realidad, había sacado la idea de un libro autobiográfico de un oficial británico a cargo de tropas musulmanas en la guerra civil omaní, que ayunaba en Ramadán por idénticas razones.

—En tal caso, espero que rompamos el ayuno juntos algún día.

Llegó ese día, y Cayetano la invitó a pasar la noche en su casa. Ella lo miró preocupada:

—Si me quedara contigo, tendría que ducharme mañana, antes de la oración de mediodía.

—¿Y cuál es el problema?

—Que no podría salir después con el pelo mojado. Todo el mundo sabría lo que he estado haciendo.

Aún antes de que Rahima terminase de hablar, Cayetano sintió que se activaba un *flash* dentro de su cabeza. La cogió de la mano, la llevó hasta el armario y abrió el cajón donde guardaba el secador. Se quedaron mirándose a los ojos, maravillados ambos. “¿Cómo puede saber tanto este guiri recién llegado?”, se preguntaba, sin duda, ella».

A cualquier persona que conozca al autor de este libro no le extrañarán los guiños eruditos que salpican los textos, y los que no lo conozcan adivinarán rápidamente en él a un hombre culto,

muy culto, con la sencillez que ello conlleva, a la que, como se disfruta en estas páginas, enriquece con un gran sentido del humor. Un humor inteligente, refinado y muchas veces ácido y corrosivo, como cuando describe a los personajes —todos ellos muy reales, insisto— que no le caen bien y a los que ridiculiza sin piedad.

Además de Manuel, muchos otros escritores utilizan a su áter ego como personaje de sus relatos; así lo hice yo en una colección de cuentos ambientados en Tánger en los que, en diferentes épocas, hay dos protagonistas esenciales —Isaac Toledano y Beltrán Llaudadó—, y quienes los leen y me conocen adivinan de inmediato que ambos son yo mismo escondido tras esos nombres. No es nuevo ese truco literario, y es grato disfrutarlo, sea como escritor o como lector, pues se crea una pícara complicidad.

Leer este libro es adentrarse en Rabat y en Salé de la mano de un guía excelente: su autor y —aunque él se empeñe en negarlo— protagonista. Pero no se trata solo de darse un paseo por sus calles, sino de conocer sus costumbres, su cotidianidad, su ritmo, y descubrir facetas ocultas y casi desconocidas para la mayoría de quienes creen conocer esas dos ciudades.

Una interesante faceta de la vida cotidiana que se explica muy bien en este libro y que a mí me tocó vivir es la de los pequeños sobornos indispensables para hacer cualquier papeleo en las oficinas de la administración, costumbre tan asentada que llega a ser casi una parte «oficial» del derecho consuetudinario, y que tiene un nombre —*kahima*—, que en español equivale a *cafetito*.

«[...] —Buenas tardes, Cayetano. ¿Qué necesitas? —Ali adelantó hacia él su mano abierta para impedirle que contestase—. ¿Un certificado de residencia? ¿Para qué? No, no, no me lo digas. Para el permiso ¿Así que al fin te hicieron un contrato en condiciones? Me alegro por ti, Cayetano. Eso está hecho en un periquete ¿Dónde está mi bolígrafo? Siempre igual, siempre se pierde cuando más lo necesito. Voy a que me den otro.

Umaima flexionó el brazo derecho y adelantó levemente el puño:

—No hace falta, aquí tienes uno.

El almocadén colocó su mano abierta bajo la de Umaima y la retiró cerrada. A continuación, abrió un cajón, sacó un bolígrafo y se puso a escribir diligentemente».

Pasajes como el del vendedor que llega al despacho de uno de los jefes de Cayetano con dos bolsas llenas de percebes me hacen revivir escenas idénticas, solo que el señor que me llevaba los percebes a mi despacho o a mi casa los transportaba en un cubo de plástico rebosante de esos deliciosos animalitos cuyo nombre en árabe marroquí es, cómo no, *persebes*. Y continuando con las cosas de comer, su mención a las malvas también me llevó a la primera vez que me ofrecieron un platillo parecido a las espinacas cocidas y rehogadas con aceite y ajo, pero más amargo y más sabroso, y me dijeron que se llamaba *bakula*; me tocó averiguar hasta que supe que se trataba de malvas, y desde entonces no dejo de preguntarme por qué no se comen en España y las dejamos solo para acompañar a nuestro muertos.

Siempre en el terreno de la alimentación, también describe Manuel con detalle la sanguinolenta costumbre de la matanza de los carneros el día del Aïd al Kebir (la Fiesta Grande), con los consiguientes olores de los pellejos recién desollados y de las cabezas y los cuernos que se queman en hogueras por las aceras de la ciudad, espectáculo sorprendente y muy disgustante a los ojos de un no marroquí, y también, cada vez más, para muchos de ellas y de ellos que no aceptan esa extraña y primitiva «obligación».

«[...] Cayetano, que distaba mucho de ser vegetariano o animalista, no tenía nada que objetar a aquella celebración, pero el carácter tan concentrado en el tiempo de la matanza lo perturbaba. «En las próximas dos o tres horas, cinco millones de criaturas van a perecer, solo en Marruecos, muchísimas más en el resto del mundo musulmán.

[...] Por todas partes había hornos en los que se asaban cabezas y, donde no percibía el olor a cuerno quemado, lo ahogaba el de la sangre fresca, porque a la puerta de ciertos locales, obviamente

alquilados por curtidores, se amontonaban las pieles de los animales recién desollados. Mientras su sentido del olfato construía ambientes apocalípticos, el de la vista contradecía a su colega mostrándole personas risueñas y vestidas con sus mejores galas que se felicitaban mutuamente la fiesta».

En una escala mucho menor, pero también relacionada con los alimentos que se pueden ver en la calle, está el fantástico personaje del vendedor de cacahuets y almendras que sentaba sus reales en la terraza del bar del Hotel Balima, a quién también tuve la suerte de conocer y cuya imitación de Cantinflas —algo pesadita— también tuve que sufrir algunas veces.

«[...] Se sentaron en la terraza, los hombres pidieron cerveza, las mujeres, zumo de naranja, una por abstemia y musulmana, la otra por encinta. Vino un vendedor de almendras y cacahuets, que era blanco, porque los haratin tenían todas tiendas y no trabajaban en la calle. El hombre llevaba un precioso chaleco bordado con hilo de variopintos colores, y, desde que los escuchó hablar, se dirigió a ellos en acendrado castellano. Por si ello no bastare, los regaló con una imitación estelar de Cantinflas. No les quedó más opción que comprar veinte dirhams de su mercancía».

Cayetano Fortún, como Manuel Fernández y como quien firma este prólogo, es un gran aficionado a la cerveza y a los bares, lugares en los que se desarrollan algunas escenas de esta novela, en los que yo he tenido la suerte de beber y conversar con el autor, especialmente en los situados en los alrededores de la estación de tren de Rabat Ville y del Instituto Cervantes... ¡Perdón! ¡Que aquí no se llama así!

Por ese barrio están el Términus, el Café de la Paix, el Yucatán, el Tánger... Y hasta hace pocos años también estaba el Henry's, en una esquina con la avenida de Mohamed V, nombre que a los aficionados al mundo de la coctelería nos recordaba, cómo no, al Harry's Bar de Venecia, de Roma y de París. Hubo otro, en esa misma avenida, un poco más abajo del edificio de Correos, llamado La Renaissance, que hoy es un aburrido lugar donde sirven

bocadillos y no hay alcohol. También frecuentábamos mucho el Bar Casablanca, en la place Pietri, junto a los puestos de flores, donde además de vino y cerveza servían unos deliciosos pinchitos de ternera, de hígado y de carne picada.

«[...] Fueron a un garito de la avenida Mohammed V donde servían cervezas y algo para picar, lo más parecido que había a un bar de tapas en el centro de Rabat».

«[...] Tras dejar a Sumía en el taxi, Cayetano llamó a Simo, y quedó con él el domingo por la tarde, en la taberna que había frente al mercado de las flores de Rabat».

«[...] Era viernes por la tarde, y a Cayetano no le apetecía nada ir a casa. Entró en un bar cerca de la estación, se sentó en una mesa junto a la ventana y pidió una cerveza. Se le acercó una chica...».

El libro que tienen ustedes entre sus manos es una excelente guía de las ciudades de Rabat y Salé, con continuas y eruditas referencias a su historia, a los nombres de las calles, de los restaurantes, de los barrios, etc. Y también de los apellidos, moriscos y judíos como Bargach y Azuelos, esenciales en la memoria y en el presente de Rabat. Hay mucha información muy bien documentada, como no podía ser menos viniendo de alguien tan culto y bien informado.

Y los dejo ya con un delicioso fragmento en el que Manuel Fernández se luce en el arte de la creación literaria al relatarnos uno de los encuentros galantes de Cayetano Fortún, en el que aprovecha para contarnos un momento importante en la historia de Salé:

«Yo, Cayetano Fortún, salido del puerto de Málaga para navegar hacia la parte de Berbería, transcurridos dos años me hallé en una mar que no figura en ninguna carta, y no había hecho más que entrar en ella cuando un viento huracanado la removió, volteó y trastornó hasta tal punto que se echó sobre mi barco y lo dejó raso como un pontón, arrancándole todos los palos y el gobernalle, y haciéndole en el casco tantas vías de agua que más parece, ahora, escurridor de platos que bergantín-goleta. Y aunque estén las aguas en calma, signos sobrados hay de que no es este paisaje después de la tormenta, sino pausa en mitad de la misma, y que el

nuevo día traerá mayores aficciones. Por ello, yo bautizo este pié-lago ignoto como Mar de las Pasiones, y escribo sus coordenadas en este pergamino, que meteré en una botella y confiaré a las olas y corrientes, con la esperanza de que pueda aprovechar a marino más diestro que yo o con bajel más robusto que el mío».

»Tras reposar un número de horas con dobles dígitos, Cayetano se levantó algo menos pesimista. Su curtida tripulación había aprovechado la noche para taponar, mal que bien, las vías de agua, reparar el timón e improvisar una vela. Fue su primer cuidado del día recabar un parte meteorológico.

»Cayetano desayunó todo aquello a lo que le pudo echar mano para reponer energías, se puso una chilaba y salió de casa. Paró un taxi, y le pidió al taxista que lo acercase a la medina y lo dejase cerca de Bab Mrissa, porque tanta alegoría marinera se le había subido a la cabeza y le apetecía entrar por donde lo hacían antaño los barcos, antes de que el terremoto de Lisboa de 1755 cambiase el curso del Bu Regreg y lo alejara unos cientos de metros de las murallas merinías. Bab Mrissa significaba, de hecho, Puerta del Pequeño Puerto, pero ya no había tras ella puerto, ni pequeño ni grande, sino una calle con algún café y unos cuantos comercios. Uno de ellos era una herrería. Un hombre que soldaba en la calle, delante del establecimiento, se lo quedó mirando».

Ya habrán adivinado ustedes, lectoras y lectores de este libro, que en el título de este prólogo lo que quise decir es que es mentira eso de que «casi todos los personajes que aparecen en esta obra son fruto de la imaginación del autor y cualquier parecido con personas vivas o muertas es mera coincidencia».

ALBERTO GÓMEZ FONT,
Madrid, otoño de 2022

I

Y los enemigos del hombre serán los de su casa.
(Mateo 10:36)

Cayetano Fortún alzó los ojos al pasar junto a la ventana y vio que el cielo estaba cubierto de nubes.

Un momento antes, mientras se levantaba, los había bajado hacia la mesilla de noche y había descubierto, horrorizado, que eran las once de la mañana.

«Cada vez me parezco más al personaje de Larra», reflexionó Cayetano, camino del cuarto de baño. *Te confesaré que no hay negocio que pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto a las once, y duermo siesta...* «¿Qué día es hoy, miércoles? Difícil será, en efecto, que no la duerma. Después de comer me entrará la modorra, y, quiera o no quiera, terminaré echándome un ratito en un sofá». *Que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café, me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitial, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada.* «Quíteme usted allá esa tertulia y ese café, cámbiemelos por unas películas y un videojuego, donde dice las doce o la una diga las dos, y ese soy yo, Don Mariano». *Que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto.* «Ah, no, mire usted, hasta ahí no lo sigo. En el frigorífico tengo un pulpo, ya cocidito, y, en el congelador, el agua en la que lo cocí. Me lo pienso hacer a la sochantre, y me dará para

la comida y para la cena. Aunque eso me obliga a acercarme al súper, pues no me quedan cebollas, y tomates tengo pocos. Y, para empezar, habrá que lavar los platos», concluyó, ya en la puerta de la cocina.

Cayetano abrió el frigorífico para sacar el cartón de leche y evaluó de paso sus reservas de cerveza. Once latas, suficientes para cuatro o cinco días. «Menos mal», se dijo, porque reponerlas no era tarea fácil. El punto de venta más cercano, el único de la ciudad, estaba a kilómetros de distancia. «Ochocientas cincuenta mil almas y un solo comercio autorizado a vender alcohol, y, además, en el extrarradio ¿Cómo he podido soportar esto veinte años?».

«Estaba escrito», le susurró una voz cuando cogía la gran taza roja. «Sí, señor, lo estaba. El nombre de este lugar aparecía en el primer libro que leí en mi vida, el *Robinson Crusoe* de la colección crisol que había en el salón de mi casa. No sé cuántos años tenía, pero eran muy pocos. Pasé la noche aterrorizado, sin poder dormir, cuando Robinson encontró en la playa los restos del festín de los caníbales. El caso es que, antes de naufragar en su isla, Robinson pasó aquí, cautivo, un par de años, hasta que concibió un plan de fuga que tuvo éxito. Claro que, como él mismo dice, su cautiverio en estas tierras no fue sino una muestra de las mayores calamidades que habrían de sucederle. ¿Qué me ocurrirá a mí? ¿Conseguiré escapar? Y, si así lo hago, ¿será para meterme en más tupidos berenjenales?».

Cayetano depositó en la mesa del comedor su café con leche y la caja de pastelitos que había comprado la tarde anterior en Majestic. «Y estas ganas de escapar, ¿en qué momento me entraron? ¿En qué momento empecé a identificarme con Robinson Crusoe y con Ibn al-Jatib, que también pasó aquí una temporada, aunque no cautivo, sí exiliado, reconcomido por la morriña?»:

Siento nostalgia de Granada cada vez que el céfiro sopla, trayéndome la añoranza y la melancolía Dios riega a Granada con el agua abundante de las nubes y en ella hay mansiones a las

que rodea la belleza entre sus pabellones y una tierra hacia la que el corazón siente melancolía.

¡Granada la alta! ¡Por Dios!, di a este que está perdido llorando por ti dónde está el camino que hacia ti lo conduzca.

No me consolará de tu ausencia sino la lozanía de tu paisaje y la belleza de tu río que alegra los ojos. Piensa si me puedes hacer esperar por la alameda de Mu'ammil y extiende desde la Alhambra tu mano a un hermano.

Las lomas del Nayd y de La Sabika están altas y al atardecer brillan como relámpagos.

Corre el Genil como un sable de la India desenvainado entre perlas que se han derramado en él como un torrente. Cuando llegaba el perfume de sus árboles era como si hubiese, esparcidos, trozos de almizcle.

«¡Ah, paisano, qué bien escribías, no como uno! ¿Cómo que qué es eso de paisano? Venga, hombre, no te pongas quisquilloso. Vale, no seré lo que ahora se entiende por granadino, pero por tal me habrían tenido en tu época, cuando Granada, además de ciudad, era reino. ¿Acaso no dedicaste otro de tus poemas a mi lugar natal, y lo comparaste con este en el que ahora vivo? También tú, como Robinson, conseguiste salir de aquí, pero, al igual que él, fuiste al encuentro de mayores desventuras. Si él tuvo que joderse veintiocho años solo en una isla a ti te estrangulaban en un calabozo de Fez, y, no contentos con eso, profanaron después tu tumba y quemaron tu cadáver. Bueno, hijo, consuélate pensando que, cuando menos, tu estancia en estos pagos no ha sido del todo olvidada, pues le han puesto tu nombre a un instituto de secundaria. Has salido mejor parado que Robinson, a quien no le han dedicado ni siquiera una cafetería. Será porque se fugó y los dejó en ridículo, o porque no era árabe ni musulmán. No, eso de que es un personaje de ficción no me vale. ¿No tiene, o tenía, Sherezade una pastelería en Rabat, a pesar de que esta chica carece de conexión alguna con la ciudad? Muy poca conciencia ciudadana es lo que hay aquí. Las élites de-

sertaron en masa, se fueron a vivir a la capital y ya dicen que son de allí. La mayoría de los vecinos son ahora inmigrantes venidos de todas las zonas rurales del país, que no han tenido tiempo de echar raíces, ni creo que las echen en décadas, porque trabajan fuera, los que trabajan, aquí solo vienen a dormir, y la cultura local les importa un pimiento. Muy pocos de los ochocientos cincuenta mil habrán oído hablar de Robinson Crusoe, muchísimos menos lo relacionarán con su ciudad de residencia, y los cuatro gatos que hayan leído el libro serán unos mindundis sin poder ni influencia para ponerle nombre ni a un quiosco de pipas».

«Pero, a ver, ¿todo esto a qué venía? ¡Ah, sí! Lo de las ganas de escapar, qué cuándo me vinieron», recordó en el instante en que le daba la primera dentellada al segundo pastelito. «Veamos, analicémoslo desde una perspectiva conductista ¿Cuánto tiempo hace que busco activamente la manera de poner pies en polvorosa? Poquito, entre dos y tres meses, desde finales de septiembre o principios de octubre. Y ¿qué pasó en esas fechas? Está claro, que llegó Enrique, el nuevo jefe de estudios, con su cuñada, alemana por más señas, debajo del brazo, e hizo el reparto de cursos que hizo. Para un servidor, que lleva once años en la casa, tres, para la tudesca, cinco, a pesar de que el Instituto se llama Don Quijote, y no Fausto. Bien es cierto que ya me veía yo venir que acabaría, si no en el infierno del paro, sí en el purgatorio del subempleo, pero a causa de la situación sanitaria, no de una arbitrariedad tan flagrante. Del coronavirus te librarás, pero del nepotismo no podrás».

Con su taza de café con leche, aún medio llena, en la mano, se trasladó desde la mesa del comedor a la del salón, en la que estaba el ordenador. «Pase lo de que sea un vivales y lo de que barra para casa, pero es que hubo más. Cuando Alberto Mrteh, a quien le había dado cuatro cursos porque le habría visto menos cara de gilipollas que a mí, se puso enfermo y se fue a tratarse a España, Enrique podría haber deshecho el entuerto, pero nada más lejos de sus pensamientos. Fue el tío y envió un correo colectivo anunciando que había cuatro cursos disponibles y que los cogiera quien los

quisiese. Y como a mí no me tocó la lotería de ser de los primeros que leyeron el correo, me quedé sin nada. Cuando le hice un comentario sobre lo injusto que era ese sistema, me respondió con toda la cara que a él le resultaba más fácil hacerlo así que romperse la cabeza averiguando quién tenía disponibilidad y quién no, o quién tenía más horas y quién tenía menos. Viva la Pepa de Puerto Real, y viva el sistema caciquil que permite que un organismo público funcione de esa manera».

—La culpa es tuya, que no estás en lo que tienes que estar — tronó la voz de su conciencia—. Mira, si no, lo que estás haciendo ahora, pedazo de alcornoque. Abres el *Forge of Empires* antes que el correo electrónico. ¿Y si hay otro mensaje urgente, qué?

Sin inmutarse, Cayetano entró en su ciudad, eligió el desafío cotidiano y empezó a recoger las producciones terminadas.

—Claro, para sabio el rey Salomón ¿Quién iba a adivinar que el pájaro se valdría de tan frívolo procedimiento para reasignar los cursos de Alberto?

—Pero ahora ya sabes de lo que va, mentecato, y sigues sin tomar nota. Tú verás como terminarás tropezando en la misma piedra.

—Vale, vale, calla ya. En un momento lo abro.

—Sí, cuando termines de ponerte al día con tu juegucito, como de costumbre ¿No se te cae la cara de vergüenza? ¿Tienes edad para que sean esas tus prioridades?

—Joder, si tuvieses cara, te la rompía.

—Y, si tú tuvieras conocimiento, emplearías tu tiempo de forma más productiva, botarate.

Cayetano Fortún suspiró y alargó la mano hacia el paquete de tabaco.

—Eso, fuma, fuma. A paquete y medio por día irás ya. Si te vas de este país, necesitarás el sueldo de un catedrático para mantener ese ritmo, mala bestia.

—Hostias, tía. ¿Tú nunca te relajas?

—Ya te relajas tú por los dos y por otros siete, perro, más que perro.

—Guau, Guau. Mira, ya estoy abriendo Gmail, para que estés contenta.

—No quepo en mí de gozo. ¿Qué quieres por eso, una mención honorífica?

—Con que achantaras un rato la mui me conformaba.

—Muy bien, tú haz gala lingüística de tu pasado barriobajero. ¿Qué, algo interesante?

—Sí, muñeca. Me han contestado de lo de Irlanda. Leamos juntos.

Estimado Cayetano:

Gracias por enviarnos tu currículum. Lamentamos informarte que en este momento tu perfil no encaja con la persona que buscamos.

Agradecerte el tiempo que has tomado en ponerte en contacto con nosotros y te deseamos todo lo mejor en el futuro.

Saludos cordiales,

SILVIA

«¿El perfil, eh? ¿Y qué perfil buscáis, entonces?».

Academia recién establecida busca profesor/a entusiasta y con ganas de seguir formándose y aprendiendo. Algún tipo de certificación y mínimo un año de experiencia.

«Traduzcamos esto».

Academia recién establecida busca profesor/a principiante, no muy cualificado y con poca experiencia, a quien podamos pagarle una miseria sin correr un riesgo excesivo de que encuentre rápidamente un empleo mejor y nos deje tirados.

«Tiene razón la tal Silvia, ahí no encaja este cura ni aunque lo unten con vaselina. Adiós, tierra de Joyce, hasta nunca, isla esmeralda. Ya no contemplarán mis ojos el Atlántico bravío desde los acantilados de Moher, ni me sentaré a descansar a la sombra del dolmen de Poul nabrone».

—Siempre pensando en descansar. Eres más flojo que un muelle de guita.

—Y tú, más pesada que una vaca en brazos.

—Deja el género elegíaco para Jorge Manrique, a quien se le daba incomparablemente mejor que a ti, y piensa en lo que vas a hacer ahora, desgraciado.

—Bueno, aún no me han contestado los de Valencia, Pamplona y Varsovia. Por algún lado saltará la liebre, y, también, habrá nuevas ofertas. Pero, ahora como ahora, voy a hacer la compra.

Se incorporó y caminó hasta el borde de la alfombra, donde se calzó las babuchas, pero un par de metros más allá las trocó por las playeras que había junto al armario. Abrió la puerta corredera y se puso el anorak sobre el chándal que había usado como pijama. En los bolsillos había dinero suficiente, un paquete de Marquise y un encendedor. Consideró un instante si llevarse el móvil. «Nunca se sabe». Entró a buscarlo al dormitorio y le echó un vistazo. Había un wasap de Karim:

*¿Todavía no ha dimitido el inútil de El Othmani? ¡Qué vergüenza!
En agosto salió jurando y perjurando que no habría relaciones
diplomáticas con Israel.*

Cayetano tecleó la respuesta antes de bloquear la pantalla y guardarse el teléfono:

*No, pero debería, por prometer lo que por completo escapa a la
diminuta esfera de sus competencias.*

«Ah, Karim, camarada, se te echa de menos desde que te fuiste a Sevilla. Te fuiste tú como se fueron todos, Luis a un pueblo de Murcia, Alberto y Francis a Madrid, Eloísa a Tánger y Pablo se mueve tanto que ni sé por dónde anda ahora. Entre eso y el coronavirus, tengo menos vida social que el nombrado Robinson tras el naufragio. Supongo que también eso influirá en mis deseos de

levantar el vuelo. ¿Qué me falta? Sí, una bolsa, las llaves y la mascarilla. Y saco la basura, de camino».

Justo antes de abrir la puerta encendió un cigarrillo, coartada de la que se valía para hacer el trayecto hasta el supermercado sin ponerse la mascarilla hasta el momento de entrar, y sin arriesgarse a una multa. «La verdad sea dicha, ocasiones ha habido en las que me he visto mucho peor que ahora desde el punto de vista laboral y económico, sin que se me pasara por la cabeza largarme. Especialmente dura fue la de 2001, cuando me echaron de la academia Garnata a causa de aquel terrible lío de mujeres y me quedé de golpe sin trabajo, sin casa y sin más recursos que el sueldo del último mes».

Romance que dicen de los celos

*La amante de Ibn Manolo,
la Rabima de Tetuán,
enfurecida, deambula
por las calles de Rabat;
que lenguas de doble filo
venido le han a contar
que su hombre está con otra,
con otra el villano está;
que paseaban de la mano
por la orillita del mar.
Para quitarse el cabreo,
la Rabima entra en un bar.
Mas le mete, la bebida,
en el cuerpo, a Satanás.
«¡Ah, maldito Ibn Manolo,
la vida te acorte Alá!
Si lo que cuentan es cierto,
yo lo he de averiguar.*

*Para tu casa yo voy,
de prisa, no de vagar.
Fulana que allí me encuentre
los pelos le he de arrancar».
Cual tormenta, la Rabima,
llega al barrio del Agdal
Y, la puerta de su amado,
fue con furia a golpear.
Mas no abre Ibn Manolo
que le abre doña Paz
la cual su casa comparte
pero su lecho jamás.
La Rabima, que esto ignora,
se vuelve loca de atar.
«Que tiene una novia mora,
lo sabe todo Rabat.
Lo de la amante cristiana,
bien callado se lo ha.*

¿Dónde está ese sinvergüenza?
¿Ese cerdo, dónde está?
Des la cara, Ibn Manolo,
que tienes por qué la dar».
Al ruido de las voces
fue Ibn Manolo a asomar.
«¡Válgame Dios, la Rahima,
muy borracha veo que estás!
Vayas a dormir la mona,
que tienes necesidad,
que mañana hablaremos
lo que hayamos de hablar».
«Pues de aquí yo no me muevo,
que a tu novia he de esperar.
Si tardare una semana,
Otro tanto he de aguardar».
«Si no de grado, por fuerza,
de esta casa, tú saldrás».
La Rahima ya ha sacado
un afilado puñal
y, en el siniestro costado,
fue la punta a colocar.
«Si me tocas, hi de puta,
también me habrás de enterrar»
«Sobre mi cabeza, niña,
la tu sangre no caerá.
Llamaré a la policía;
con ella, te entenderás».
«Lámala, si es que te atreves.
No pienso que seas capaz
que sexo sin matrimonio
es delito en el islam
y, si alguno fuere al trullo,
a la trena el otro irá».

La policía ya llega
y, con ella, allá se van,
los cristianos y la mora
en un coche celular.
En comisaría aguardan
la hora de declarar.
Muy pegada a Ibn Manolo,
esto piensa doña Paz:
«Cuando las vuelve tan locas,
algo, el gitano tendrá».
Y, al oído, le susurra
lo que al punto escucharás:
«Esta tía descerebrada
nos lo ha hecho pasar mal.
Besémonos en la boca
por hacerla de rabiar».
Ibn Manolo, aterrado,
no sabe qué contestar.
«Ay, las cosas se complican
y terminarán muy mal».
Un severo comisario
ya los viene a interrogar.
La Rahima, con el ciego,
solo habla necedad.
Muy contrito, Ibn Manolo,
cuenta la pura verdad.
El poliizonte le riñe,
comprensivo y paternal.
A los cristianos los sueltan,
la mora se queda allá.
Doña Paz e Ibn Manolo
ya están de vuelta en Agdal,
mas los males del cuitado
no han hecho más que empezar.

*Si peligrosa es Rabima,
No lo es menos doña Paz
que, cogiéndolo del brazo,
de este modo fue a hablar:
«Esta tía me da miedo,
bien podría regresar.
Duerme conmigo esta noche
y cúrame mi ansiedad».*
Ibn Manolo, abrumado,

*responde, con gran pesar:
«Si la Rabima no viene,
la mi novia si vendrá
y, si juntos nos encuentra,
juntos nos sepultarán».*
*De camino a su aposento,
esto jura doña Paz:
«Este desprecio, bellaco,
muy caro lo pagarás»*

—¿De modo que te consideras la víctima? ¿Y qué hay de la pobre Rahima, a la que jamás volviste a ver? ¿Nunca te has preguntado lo que fue de ella, mal nacido?

—Pues claro que me lo he preguntado. Con suerte la soltarían al rato, y con menos suerte pasaría la noche en la comisaría y la presentarían al fiscal al día siguiente, acusada de alcoholismo. En tal caso le echarían una reprimenda y la dejarían marchar, nadie va a la cárcel solo por estar bolinga. Me dolió mucho tener que causarle semejantes tribulaciones, pero ¿qué otra cosa podría haber hecho?

—Para empezar, no haberte liado con hembra de tan mal beber y tan mal vivir, cretino.

—La conocí justo antes de ramadán, cuando ya habían cerrado los bares, así que pasé más de un mes sin descubrir lo del mal beber. Una lástima, sobria, e incluso pelín bebida, era una chica encantadora.

—Sí, sí, pero lo del mal vivir lo sabías desde el principio, bergante.

Romance que dicen del precio justo

Paseaba Ibn Manolo
por la ciudad de Rabat,
por la ribera del río,
hacia la orilla del mar.
Ya entra en una tetería,
ya elige mesa al azar.
Pide un té en algarabía,
como quien la sabe hablar.
En una mesa vecina,
una mora vido estar.
Es delgada como un junco,
son sus labios de coral,
los sus ojos de sirena
pueden, un mundo, alumbrar.
Sus téticas, de apuntadas,
van su ropa a perforar.
Ya sonrío Ibn Manolo
y la mora sonrío más;
ya le dice, nuestro bardo,
Lo que al punto escucharás:
«Por mi vida, la morica,
la de tan lindo mirar,
como tú no he visto hembra
ni aquende ni allende el mar».
«Siéntate, pues, en mi mesa,
bienvenido seas acá
Y cuéntame qué aventuras
te han traído por Rabat».
«Sean ellas las que fueren
¿Qué puede ahora importar?
Que por ti me estoy quemando,

como leño en el bogar.
¡Dame tu amor, la mi niña,
que, el mío, lo tienes ya!»
«Si por mis amores penas,
al punto tú los tendrás.
Ello solo ha de costarte
cuatrocientos y no más».
Veríais al Ibn Manolo,
muy demudada la faz:
Una lágrima en sus ojos
ya se empezaba a asomar.
Y la mora, sorprendida,
de esta guisa fue a hablar:
«¿Qué le pasó al caballero,
que tan triste fue a quedar?
No le pongo caro el precio,
soy mora de buen catar».
«Cuatrocientos, tú los vales,
y aun cuatro mil, y más.
Mas, tenerte por dineros,
no sería felicidad.
Que sean dichosos tus sueños,
que en los míos no faltarán
tu perfume de jazmines
ni tu aliento de azahar
ni tu cuerpo de gacela
que muero por abrazar.
Quedes con Dios, la morica,
dulces sueños te dé Alá».
Dicho esto, se levanta,
para el mostrador, se va.

*Ya se fue a pagar lo suyo
y lo de ella, además,
y, muy digno, se encamina
a la puerta del local,
cuando, de pronto, le tiran
de la punta del gabán.
«Espéreme el caballero
que lo he de acompañar,*

*que galán tan bien hablado
solo, hoy, no dormirá.
Los dineros que buscaba
un moro me los dará
quizá mañana, o pasado
o cuando le plazca a Alá.
Mas, hoy, yaceré de gracia
con hombre de allende el mar».*

—¿Hay quien se crea ese final?

—Tú. ¿No estabas allí?

—Sí, pero nunca convencerías a quien no estaba. ¿Imaginas la carcajada de Quevedo si hubiera oído esa historia?

*«A los moros por dinero;
a los cristianos de balde».
¿Quién es esta que lo cumple?
Dígamelo tú, el romance*

*Yo, con mi fe de bautismo,
tras ella bebo los aires;
por moro me tienen todas;
dinero quieren que gaste.*

—A mí, en Madrid, tampoco me habría funcionado, hay demasiado cristiano. A las mujeres les gusta la excepcionalidad, aunque sea meramente circunstancial, y, aquí, moros los hay a patadas, pero los cristianos cabemos en un taxi.

—¿Estás hablando ex cátedra?

—Ya me molaría a mí eso de ser infalible.

—Bueno, a lo que vamos. Ya que te liaste con esa...

—Alto ahí, que no te consiento que la insultes.

—Ya que te liaste con esa señorita, podrías haberle dejado las cosas claras, gallinácea, podrías haberle dicho que lo vuestro había terminado.

—Es que tampoco le dije nunca que lo nuestro había comenzado. Lo que empieza por la vía de hecho debe terminar por la mis-

ma vía. Si alguien deja de llamarte y te pone excusas inverosímiles para no verte cuando tú lo llamas ¿No es eso claridad suficiente?

—No lo fue, genio, como quedó demostrado en aquella noche aciaga. En cualquier caso, compartir casa con una mujer soltera con ganas de novio y pasearle tus conquistas por delante de las narices es receta segura para el desastre.

—Ay, qué gracia ¿Elegía yo mis compañeros de piso? Ramón, que era quien pagaba el alquiler, lo hacía por mí, despidiendo y contratando profesores a un ritmo vertiginoso. Paz acababa de llegar para sustituir a Ricardo, la última víctima del tirano, y se encontró con el escenario del drama ya montado y dispuesto para el último acto.

Ramón, el director de la academia, era un granadino bajito, con gafas, que usaba siempre tirantes y nunca cinturón. Nadie sabía a ciencia cierta su edad, pero saltaba a los ojos que era muy avanzada, y era increíble que, a sus años, pudiese dar tanta guerra. Si le preguntaban al respecto, Ramón se salía por la tangente:

—Yo solo recuerdo que, cuando era joven, conocí a un chaval que después se hizo famoso, Matusalén, creo que se llamaba.

O también:

—Es que, a mí, eso de morirme nunca me ha hecho ninguna gracia, y no acabo de decidirme.

La única clave que dio jamás fue cuando aseguró que Bernarda Alba, el personaje de Lorca, estaba inspirado en su tía Luisa:

—En casa de mi tía no entraban hombres, pero Lorca, que ya sabemos de qué pie cojeaba, jugaba de niño a las casitas con mis primas, y después las siguió visitando, por eso conocía muy bien a aquella familia.

—Yo también conocí personalmente a Lorca, Ramón. Incluso me dedicó un poema.

—¿Qué paparruchada es esa?

—En serio ¿nunca lo has oído?:

*Y cuando el gran Cayetano
cruzó la pajiça arena
con traje color manzana,
bordado de plata y seda,
destacándose gallardo
entre la gente de brega
frente a los toros zaiños
que España cría en su tierra,
parecía que la tarde
se ponía más morena¹*

—Je, je, je, pues eso es que le gustaste, sabe Dios lo que hubo entre vosotros.

De ser cierta la historia que contaba, Ramón tenía primas nacidas alrededor de 1900, y, aunque podían ser primas mayores, si se echaban cuentas el resultado era una burrada de años.

Si algún profesor sugería hacer cualquier cosa que implicase un gasto, Ramón solía contestar:

—Todo negocio admite mejoras ilimitadas, hasta la completa ruina de su dueño.

Ramón era simpático y dicharachero, pero tenía otros atributos menos recomendables. Para empezar, era islamófobo hasta la médula y abiertamente racista:

—Marruecos nunca levantará cabeza, la religión musulmana es un freno demasiado grande para el desarrollo de la inteligencia.

O, si aquel día se había levantado de un talante algo más sutil:

—Hay que reconocer que, en todas partes, hay buenas y malas personas. El problema, aquí, son las proporciones.

Su islamofobia no era hija de su fervor cristiano, sino de su ateísmo:

—Si Dios existiera sería un grandísimo vago ¿Qué hizo de provecho en todos los millones de años anteriores al *big bang*?

¹ «Tarde de toros en Ronda», Federico García Lorca.

Cayetano intentó explicarle lo que ya afirmaba San Agustín, que el universo no había sido creado en el tiempo, sino con el tiempo, por lo que carecía de sentido hablar de un pasado anterior al *big bang*, pero aunque Ramón comprendió el concepto rehusó dejarse llevar por tan abstractos derroteros.

Junto a islamofobia y racismo, una tercera persona, el machismo, conformaba la trinidad ramoniana:

—Tengo que reconocerles a los marroquíes que saben tratar a sus mujeres: Mucho palo y mucha polla, que es lo único que ellas entienden.

Por si todo ello fuera poco, Ramón era más peligroso que un tiroteo en un ascensor. Ricardo había firmado su propia sentencia el día de las vacaciones de navidad, cuando le pidió que le pagara el mes de diciembre antes de viajar a su Sevilla natal.

—¿Y por qué habría de pagarte, si estamos a 22? ¿No has leído lo que dice el contrato?

—Sí, Ramón, pero es que el día 31 no estaré aquí y no podré cobrar.

—Yo no te obligo a que viajes. Te pagaré el 31, como cada mes—no lo decía por cicatería, aunque cicatero era, sino porque temía que Ricardo no volviese de las vacaciones y encontrarse en enero con un profesor de menos.

—Hombre, Ramón, me podrías hacer el favor, tú sabes los gastos que hay en navidad—tampoco Ricardo mostraba sus cartas, lo de gastar no iba con él, lo que quería era sacar el dinero de Marruecos y dejarlo a buen recaudo en España, para evitarse tentaciones.

—No puedo pagarte porque yo mismo no he cobrado el dinero de las matrículas.

—¿Cómo que no, Ramón? Si un estudiante no paga el día uno, el día dos ya envías a una secretaria para que lo saque de clase.

Ramón calló un instante para asimilar aquello y simuló tomárselo a broma.

—Ja, ja, ja, me has pillado. Wafa, prepara el recibo de don Ricardo.

Cayetano empezó a pensar en cómo sería su próximo compañero de piso. Ramón no despidió de inmediato a Ricardo, porque primero necesitaba buscarle sustituto. Dejó que regresase en enero y volvió a poner en la prensa el mismo anuncio que Cayetano había leído en su día, y a causa del cual se encontraba en Marruecos. La novia de Ricardo, que estaba en Sevilla, lo vio y llamó a la academia simulando ser una profesora:

—No esperaba yo encontrar trabajo a mitad del curso, estoy sorprendida.

—Sí, es que tenemos un profesor que nos deja a fin de mes.

Ricardo gozó así de un lujo del que no pudieron disfrutar otros que habían compartido y compartirían su destino, unos días de preaviso. A final de mes, Ramón convocó una reunión y anunció una reestructuración de los cursos, en virtud de la cual precisaba de profesores capaces de dar clase tanto de Lengua como de Historia Contemporánea, y que, como Ricardo no se ajustaba a ese perfil, sintiéndolo mucho debía rescindir su contrato. Aquello era una cacicada como un camión, y cualquier juzgado de lo laboral la habría declarado despido improcedente, pero Ramón sabía que Ricardo volvería a España y olvidaría el asunto, porque los gastos de quedarse a pleitear en un país del que desconocía la lengua y las leyes serían superiores a cualquier posible beneficio.

«Ah, Ricardo, poco duraste en Rabat, pero también tú dejaste tu huella en el romancero».

Romance que dicen de don Ricardo

*Helo, helo, por do viene,
don Ricardo, el de Sevilla,
que es muy gentil caballero
Mas, tacaño a maravilla.
Dírham que en sus manos cae
no ve más la luz del día.
Pero hoy es excepción:
no está su bolsa vacía
porque quiere hacer sus compras
don Ricardo en la medina
para llevarle regalos
a su novia, Rosalinda,
cuando salga de la escuela
donde ejerce su maestría.
Aunque va Ricardo a pie
su destino está a dos millas
que, en transporte, el caballero,
nunca un dírham gastaría.
Bajo el brazo lleva libros
pesados en demasía
que jamás compró Ricardo
ni cartera, ni mochila.
Un moro le salió al paso;
un gran alfanje blandía
y le dijo: «Caballero,
¿Es la bolsa o es la vida?».
El fulano era un enclenque*

*con la fuerza de una ardilla
mas su acero de Damasco
muy gran respeto imponía.
Los sus libros, don Ricardo,
no supo dónde pondría
que, con ellos en las manos,
obedecer no podía.
Pero el moro vio su apuro
y muy bien lo ayudaría.
El alfanje, el atontado,
se metió entre las rodillas
y, extendiendo las dos manos,
ya los libros le pedía.
Ya se los daba Ricardo
y, ante sí, al moro tenía
en postura tan absurda
que ni a un niño robaría.
Con un solo movimiento
presto lo desarmaría.
Si una puñada le diere
los dientes le rompería.
Mas, en este trance amargo,
don Ricardo mostraría
que, con reyes de Inglaterra,
corazón no compartía
y sus dineros entrega
aunque horrores le dolía».*